

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 40, 1-5.9-11): *Se revelará la gloria del Señor.*

Salmo (84, 9abc y 10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (2ª Pedro 3, 8-14): *Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva.*

Evangelio (Marcos 1, 1-8): *Detrás de mí viene el que puede más que yo.*

No podemos conformarnos con el mundo que hemos construido, entre muchas razones, porque es un mundo en el que no tienen sitio la mayoría de los hombres: los pobres, los hambrientos, los sin papeles, los parados, los emigrantes, los otros. Y es mucha la tarea que nos queda y nos compromete para ir resolviendo todo eso que hace que nuestro proyecto de mundo sea insostenible.

Así no se puede seguir, porque son demasiados los que se van quedando en la cuneta de la vida, y tenemos que ser suficientemente honestos para no pasar de largo ante nuestros hermanos. Es necesario que circulen “aires nuevos”, aires que refresquen este caos, y es importante que nos dejemos llevar por estos aires nuevos.

Y es bueno que corran “aires nuevos”. Porque el mayor enemigo de la vida es el inmovilismo, la rutina, la pretensión de querer hacer definitivo lo que por su propia naturaleza es temporal, caduco, transitorio. Las costumbres, las tradiciones, las rutinas, nos dan una cierta seguridad en la vida, pero no hay que olvidar que la vida es riesgo. Es cierto que el miedo guarda la viña, pero no es menos cierto que solo la esperanza se arriesga en cultivarla y así es como da fruto. No podemos detener la vida, porque es camino, y no podemos contentarnos con el camino ya hecho, sino que, como ya advertía el poeta, hay que ir haciendo camino al andar.

No otra cosa es eso que llamamos Adviento, que no solo es prepararnos para la navidad, que ya vino, sino la que tenemos que hacer llegar cada día hasta que la paz y el bienestar abarquen a todos los pueblos y la felicidad a todos los hombres y mujeres.

Suele decirse que el miedo guarda la viña, y no es verdad, porque la verdad es que hace falta ilusión y esperanza para arriesgarse y trabajar y cultivarla y que dé fruto. Nos da miedo el futuro, porque queremos seguridad, y nos parece hallarla en la rutina, en la costumbre, en lo que siempre hemos hecho. Pero la vida es cambio, aventura, riesgo. Eso es lo que nos subraya el Adviento, al encaramos con lo que viene, con lo que se nos echa encima, con el futuro.

La primera lectura es una palabra de ánimo. El profeta consuela al pueblo de Israel y trata de devolverle la confianza en Dios, para que supere la situación de resignación del destierro y recupere el deseo del inminente regreso a su tierra. El futuro es glorioso por la gracia de Dios que no abandona a su pueblo. Y así deben tomarlo en cuenta y airearlo por todas partes, para que cunda el ánimo y la esperanza, y todos pongan manos a la obra. Ese es también el mensaje para nosotros en este día.

San Pedro, para que no cunda el desencanto de los que siempre tienen prisa y no acaban de entender lo que les parece un retraso del Reino de Dios, les explica que Dios no tiene prisa, porque quiere dar tiempo y oportunidades a todos. El cielo nuevo, en el que todos tienen sitio, es anticipo de la nueva tierra en la que tenemos que hacer sitio para todos. Esa es la gran esperanza de la humanidad, ese el sueño de Dios, esa es la gran tarea que hay que afrontar con esperanza, con entusiasmo.

La inminencia del Reino, ya presente en Jesús que acude al Jordán para ser bautizado por Juan, sirve de motivo al profeta para invitar a los presentes a la conversión, al cambio de actitud, a la esperanza y a poner manos a la obra. Hay muchos baches que terraplenar, muchos montículos que desmochar, mucho que enderezar y consolidar. Preciosas metáforas en las que fácilmente podemos reconocer los fallos de nuestro mundo y localizar nuestra tarea como cristianos.

El Adviento es la gran oportunidad que nos recuerda año tras año la Iglesia, para que no caigamos en la rutina de hacer solo lo que siempre hemos hecho, y tengamos la audacia de no resistirnos a los nuevos aires que corren, para renovar nuestro compromiso, reforzar nuestro ánimo y actualizar nuestras estrategias. Nuevos aires que corren no solo en la Iglesia, sino también en la sociedad, en la vida, en el mundo. Ahí tenemos que estar, porque ese es nuestro sitio.